Mujeres y Re(des)Construcción Post-Bélica: Entre los Estereotipos y el Reconocimiento*

Tatiana Moura**

Sumario: 1. Mujeres, paz y conflictos violentos: la construcción de estereotipos; 2. Desafíos a los estereotipos; 3. Desafíos a los estereotipos: prácticas.

Sumário: 1. Mulheres, paz e conflitos violentos: a construção de estereótipos; 2. Desafios dos estereótipos; 3. Desafios dos estereótipos: práticas.

Summary: 1. Women, peace and violent conflicts: the construction of stereotypes; 2. Challenges of the stereotypes; 3. Challenges of the stereotypes: practices.

1 Mujeres, Paz y Conflictos Violentos: la Construcción de Estereotipos

Las propuestas de análisis sobre la participación de las mujeres en contextos de conflictos armados y sobre los impactos de estos conflictos en sus vidas son recientes. Han empezado a emerger en los años 80, como resultado del surgimiento de una línea de investigación feminista sobre la paz y la violencia. Y aunque la guerra haya sido motivo de preocupación y posicionamiento colectivo e individual para las mujeres de todas las épocas históricas, sus voces y roles no fueran reconocidos en los espacios públicos de decisión (Nash y Tavera, 2003: 9). Hace poco más de una década se han empezado a tener en consideración las especificidades de las necesidades de las mujeres en contextos de conflictos violentos o armados y en los periodos de reconstrucción post-bélica, en particular en el marco de las Naciones Unidas.

Sin embargo, el reconocimiento y la aceptación de las mujeres en cuanto "grupo vulnerable" en estos contextos ha conducido a la minimización y a la ausencia de información y análisis sobre la amplia variedad de roles que las mujeres (así como los hombres) asumen en estos periodos. Esta necesidad fue reconocida recientemente por las Naciones Unidas. En el 31 octubre de 2000 el Consejo de Seguridad ha aprobado la Resolución 1325 sobre Mujeres, Paz, Seguridad y Derechos Humanos que resultó de la evaluación negativa de la implementación de la Plataforma de Pekín y de la necesidad de ofrecer una respuesta a las preocupaciones manifestadas y sentidas

* Núcleo de Estudos para a Paz (Universidade de Coimbra).

** Profesora del Centro de Estudos Sociais, Universidade de Coimbra, Portugal

por mujeres durante y después de los actuales conflictos, que tienen ahora características más complejas.

Los análisis sobre la participación de las mujeres en los conflictos armados y en la reconstrucción de sociedades rotas por estos conflictos deberían tener como principal objetivo suplantar la narrativa universalista de las “experiencias de guerra” de las mujeres y subrayar la especificidad y diversidad de sus experiencias. Pero muchos de estos análisis y debates han sido y siguen siendo influenciados por distintos discursos y abordajes, que recurren a menudo a estereotipos que perpetúan y reproducen la marginación y la subalternización de algunos colectivos, en particular de las mujeres.

Hasta los inicios de los años 80 el discurso que dominó los debates y los documentos producidos por instituciones internacionales fue el *discurso de la neutralidad*, un discurso ciego a los distintos papeles sociales asumidos por mujeres y hombres, que es *gender blind*. La guerra era considerada un terreno masculino, vedado a las mujeres, y por eso mismo los discursos producidos y resultantes de sus análisis no tenían en cuenta la participación de las mujeres en los conflictos ni los impactos de las guerras en sus vidas, marginando las mujeres y sobrevalorando los juegos de poder en el sistema internacional.

Desde el inicio de 1990 hasta finales de 1999 el mundo ha asistido a 118 conflictos armados, la mayoría conflictos internos, en los cuáles murieron unos 6 millones de personas (Skjelsbaek y Smith, 2001: 3). Sin embargo, en contraste con las guerras del inicio del siglo XX, la mayoría de las muertes provocadas por estos conflictos recientes fueron civiles. Actualmente se estima que 80% de las muertes provocadas por los conflictos son civiles no combatientes, un escenario radicalmente distinto de la primera Guerra Mundial, donde alrededor de 85% de las muertes han sido miembros de las fuerzas armadas (*ibid.*). La guerra fue, de este modo, siendo gradualmente traída para la población civil, para el espacio del hogar. A la diferencia de las llamadas ‘viejas guerras’, o guerras modernas, que tenían como escenario de la violencia la esfera pública, las nuevas guerras, post-modernas, ocurren en la esfera privada, privatizando la violencia, sus espacios o territorios de actuación, sus actores y sus víctimas. Son guerras declaradas contra la dimensión privada de las sociedades.

Una de las características que marca las guerras contemporáneas es el rostro de la población civil mayoritariamente femenina. En los Balcanes y en varios países africanos existen pueblos donde unos 80% de la población es constituida por mujeres (Taylor, 2001: 20). Si los conflictos han empezado a tener el espacio de la comunidad como escenario, las mujeres, niños y niñas e los mayores constituyen grupos o colectivos particularmente afectados, sin protección, a menudo desarmados y sin las redes de protección tradicionales al nivel de la comunidad. Cuando empiezan los conflictos la mayoría de los hombres es movilizad para combatir o opta por huir, dejando sus familias en la total dependencia de las mujeres, dificultando su movilidad, lo que a menudo las impide de huir a los confrontos y a la violencia. En otras ocasiones logran en huir. Los números del ACNUR son ya conocidos: alrededor de 80% de los refugiados

internacionales y desplazados internos son mujeres, niñas y niños (1993: 83), que luchan contra la escasez de recursos y contra la inseguridad en los campos de refugiados.

Además de constituyeren uno de los grupos más afectados por las guerras, mujeres y niñas son también blancos deliberados y estratégicos de los conflictos. La violación y la violencia sexual sistemáticas han sido y siguen siendo utilizadas como armas de guerra y de terror, en particular en los conflictos étnicos. La violación es utilizada como un acto de humillación contra las mujeres y contra los hombres sus familiares, y el embarazo forzoso una estrategia de limpieza étnica. En sociedades en las cuales las mujeres son consideradas las guardianas del honor y de la identidad, la presión y el miedo son una constante en periodos de conflictos armados. La violación y el homicidio fueron utilizados en los ataques genocidas a las mujeres tutsi de Ruanda en 1994. Según la Human Rights Watch, casi todas las mujeres tutsi que han sobrevivido a la masacre fueron violadas (HRW/Africa, 1996). En Bosnia Herzegovina “todas las partes estuvieron implicadas, en varios grados” en la “violación utilizada como arma de guerra para lograr objetivos de guerra” (ACNUR, 1993: 70). Según el *European Fact-Finding Team* más de 20 mil mujeres y niñas musulmanas fueron violadas en Bosnia, desde el inicio de los confrontos en 1992, como estrategia de terror y de limpieza étnica (Skjelsbaek y Smith, 2001: 53).

Fue durante y después del conflicto en la ex-Yugoslavia que se ha abordado públicamente, por la primera vez, el problema de la violación sistemática como arma de guerra y de limpieza étnica en su verdadera dimensión, en grande medida como resultado de los esfuerzos de redes de mujeres que han puesto el problema en las agendas de los fórums internacionales, como las Mujeres de Negro de Belgrado en la Conferencia sobre Derechos Humanos de Viena, en 1993 (Magallón Portolés, 2002: 82). Pero, a menudo, después del final de los conflictos la violencia (incluso la violencia sexual) sigue y se traslada de la esfera publica para la esfera privada.

Es sin duda importante reconocer que las guerras actuales tienen como blanco la población civil, y que afectan de modo particular las mujeres y niñas. No sorprende, por ello, que, a lo largo de la última década, el discurso de la fragilidad y de la vulnerabilidad de las mujeres, o el *discurso de la victimización*, haya sido el discurso dominante y que haya substituido el discurso de la neutralidad en los análisis sobre los roles de las mujeres en los conflictos armados. Este discurso oculta varios peligros y armadillas. Uno de los riesgos de la conceptualización de las mujeres en cuanto víctimas es el de la reproducción y refuerzo de procesos que no suponen el empoderamiento de las mujeres, y que tienen como único objetivo la reducción de su sufrimiento. Además, este tipo de análisis y discursos recurren a menudo a los estereotipos y a la universalización o a la división simplista de los roles, rotulando los hombres (la masculinidad dominante) como perpetradores de la violencia y como actores activos durante los conflictos (asociados a la agresividad, militarización, dominación, jerarquía y competencia) y las mujeres como víctimas y defensoras de la paz (asociadas a la pasividad, maternidad, cuidado y no violencia) (Boutros-Ghali, 1992; Yuval-Davis, 1997; Lentin, 1997; Kelly, 2000; Jacobs *et al.*, 2000). Este tipo de discurso reduce la participación de las mujeres en los conflictos y

en las varias dimensiones de la reconstrucción o rehabilitación post-conflicto a la violencia sexual. No reconoce ni les atribuye cualquier hipótesis de actuación. Aunque importante, por reconocer uno de los impactos de los conflictos armados en las vidas de un colectivo particularmente afectado por las guerras como es el de las mujeres, este discurso sigue utilizando las mismas estrategias que han sido utilizadas a lo largo de los siglos para marginar y subalternizar las mujeres.

El discurso de la victimización suele caminar al lado de una apología del reconocimiento de las estrategias de supervivencia de las mujeres (el ya conocido discurso de las mujeres jefes de hogar, único sustento de la familia, viudas), que se hace a menudo con demasiada superficialidad. Es verdad que las mujeres desarrollan mecanismos y estrategias para su supervivencia y la de sus familias, en tiempos de conflictos armados. Sin embargo, durante los conflictos, las barreras culturales y legales se hacen menos rígidas, y la división de los roles sexuales característica de la fase pré-conflicto es temporariamente olvidada. Pero hay que subrayar que este espacio público que es ocupado por las mujeres durante la fase bélica vuelve a ser un territorio masculino después de la guerra, y la mayoría de las mujeres sufren un regreso frecuentemente impuesto a sus roles *tradicionales*. Por ello, los discursos de la victimización y de las estrategias de supervivencia son basados en percepciones minimalistas de los conflictos y de la reconstrucción, olvidando el potencial de transformación de las estrategias utilizadas, que no son momentáneas o solamente reactivas. Estas abordajes no reconocen las mujeres en cuanto actores sociales, con capacidad de influenciar el curso de los procesos.

Hay una diferencia enorme entre sufrir injusticias y considerarse una víctima (Eade, 2001: 20-21), y por eso mismo considerar las mujeres como víctimas pasivas de la violencia es aún más injusto. En la opinión de Carmen Magallón Portolés (2002: 89), “la imagen de las mujeres como víctimas es paralizante y no hace justicia a la diversidad, riqueza y protagonismo de los grupos de mujeres que se oponen a la guerra y se apoyan en la solidaridad mutua para ofrecer visiones alternativas de la realidad”. De la misma forma, es también paralizante y reductora la naturalización de la conexión entre hombres y violencia, por negar a los hombres la capacidad de cambio y de transformación de la sociedad. En la opinión de Mazurana y McKay (1999), tal como las abordajes tradicionales que no consideran las diferenciaciones sexuales privilegian las experiencias masculinas y negligencian los impactos específicos de los conflictos y de la violencia sobre las mujeres, los análisis que utilizan categorías monolíticas de “mujeres” y “experiencias de mujeres” fallan por no considerar la diversidad y estratificación entre las propias mujeres, que resultan en respuestas, mecanismos y posicionamientos individuales distintos en un determinado contexto.

Se trata, además, de un análisis universalista, que presenta las mujeres y las estrategias por ellas utilizadas durante y después de los conflictos como homogéneas, sin tener en consideración ni la diversidad de los conflictos ni de los grupos de mujeres.

2 Desafíos a los Estereotipos

2.1 Discursos: esencialismo *versus* constructivismo

Al final de los 80 y a lo largo de la década de 90 emerge otro tipo de discurso, facilitado y desarrollado por las investigadoras feministas sobre la paz y los conflictos (y como reacción o crítica al discurso de la victimización): el discurso inclusivo, del *empoderamiento* (*empowerment*). Este discurso reconoce que las guerras afectan a la población civil en general: a los hombres, a las mujeres, a los niños, a las niñas, etc. Pero va más allá, y reconoce además que cada uno de estos grupos vive y siente los impactos del conflicto de modo distinto, y que a la vez desarrolla mecanismos y estrategias para hacer frente a la violencia que más los afecta.

Este tipo de análisis y de discurso no intenta rechazar o sustituir el discurso de la victimización en su totalidad. Al revés, ha emergido delante de la necesidad de reconocer otros roles, otras necesidades y otras alternativas planteadas por grupos de mujeres en contextos de conflicto y de post-conflicto.

La guerra puede ser considerada como la piedra angular de la masculinidad (dominante). Los jóvenes son considerados 'hombres' después de cumplieren el servicio militar (Enloe, 1983) y después de participaren en una guerra. Sin embargo, la participación de las mujeres en la guerra o en el servicio militar no es considerada un acontecimiento importante en el proceso de construcción de la identidad social de las mujeres. Al revés. La maternidad es el hecho que ha marcado (y sigue marcando) la transición desde la adolescencia hacia la edad adulta de la mujer, y es a menudo identificada como la justificación de la conceptualización de la femineidad en cuanto inherentemente pacífica (Skjelbaek y Smith, 2001: 61). Pero esta es una justificación esencialista, radicada en la biología, y que estuvo en la base de la formulación del discurso de la victimización y de la exclusión de las experiencias de las mujeres, en las esferas de poder de paz y de la guerra.

Sara Ruddick, en su libro *Maternal Thinking* (1989, 1995), le contrapone otro enfoque, a que llama *enfoque constructivista de la maternidad*. Esta investigadora, claramente post-esencialista, defiende que no es la maternidad en si misma, el hecho de una mujer dar a la luz, que hace con que las mujeres tengan una mayor propensión hacia la paz. Lo que es fundamental, según Ruddick, es la practica (o las practicas) de la maternidad, o sea, la protección, el cuidado, la ternura, etc. Su enfoque es sobre las practicas, y por eso su aportación es inclusiva: mujeres y hombres tienen la posibilidad de compartir el mismo potencial hacia la no violencia.

Las funciones y actitudes de las mujeres frente a los distintos conflictos llevan a cambios al nivel personal, en particular en lo que concierne a sus expectativas y a sus nuevos roles sociales, después del conflicto. En la opinión de Murguialday y Vázquez (2001: 35), es necesario denunciar todos los impactos negativos de las guerras sobre la población civil, pero hay que acordar que esas situaciones hacen posible a muchas mujeres descubrir fuerzas hasta entonces

ignoradas o desconocidas. La adopción de un abordaje esencialista no admite la hipótesis de cambio, en la medida en que presuponemos que los roles sociales son estáticos y innatos. Pero en la realidad las mujeres pueden incentivar y aún participar activamente, en cuanto combatientes, en un conflicto armado. De la misma manera, los hombres pueden ser defensores de la paz.

Betty Reardon (1993: 141), Carol Gilligan (1982: 156), Brock-Utne (1989: 15) Ruddick (1989, 1995), entre otras, defienden que las mujeres tienen un pensamiento diferente en resultado de su socialización. Son socializadas de forma a tener un pensamiento de tipo relacional, o sea, a pensar en términos de relaciones humanas. Al revés, los hombres (en general) fueron socializados típicamente para ser pensantes abstractos, valorando al máximo la autonomía. Anne Tickner añade que las mujeres no reconocen o no se identifican con las instituciones estatales (porque están a la margen del poder, son marginadas en las esferas públicas y formales), y que por eso no se identifican ni apoyan la guerra en cuanto un instrumento de la política estatal (Tickner, 1994: 50-51).

El argumento de que las mujeres tienen un modo de pensar distinto supone un 'rol especial' para las mujeres en la erradicación de la guerra. Pero el origen de este papel especial está en la socialización y no en la biología. Los abordajes y estereotipos "mujeres y paz" y "hombres y violencia" han sido criticados por las feministas de dos modos: rechazando el estereotipo mujeres y paz y aceptando la ligación entre hombres y guerra (o violencia) o rechazando los dos (Salla, 2001: 71). Por su lado, los rechazos del estereotipo mujeres y paz y la aceptación del estereotipo hombres y guerra se hace a través de la promoción de imágenes más agresivas de mujeres o equivalentes femeninos del estereotipo hombres y guerra. Berenice Carroll ha defendido que estas críticas feministas "cuestionan más el monopolio masculino de la violencia que el uso de la violencia en sí" (en Salla, 2001: 71).

Las feministas criticaron también los dos estereotipos. Sara Ruddick defiende que ambos son míticos. Estos rechazos se basan en los análisis de las estructuras patriarcales, sociales e institucionales, que promueven categorías conceptuales binarias que asocian los hombres con valores sociales más deseables y las mujeres con valores menos deseables.

La violencia atraviesa innumerables aspectos de la sociedad, y no se manifiesta solamente en los conflictos violentos, que tienen su expresión máxima en la guerra. Por negación o por antítesis, la paz existe y puede ser rescatada en varias escalas o escalas, desde la subjetiva e intersubjetiva a la internacional. Esta fue una de las principales aportaciones traída por la perspectiva feminista de paz, la de la existencia de espacios micro-sociales de manifestaciones de la violencia y de la paz. En cuanto grupo subordinado y oprimido, las mujeres conocen la visión dominante y desarrollan una alternativa, sea en las relaciones (inter)personales sea en el ámbito político y social, una vez que los valores que subyacen a la violencia contra las mujeres son los mismos que llevan a la guerra (Magallón Portolés, 2001: 23).

Betty Reardon fue una de las pioneras en los análisis sobre las conexiones entre el sistema patriarcal y el sistema de guerra. Para esta investigadora fue el sistema patriarcal el que ha producido la guerra, y no el contrario, una vez que los aspectos violentos de este sistema están enraizados en nuestras vidas y afectan tanto a las nuestras relaciones interpersonales como a las relaciones internacionales (cuanto más militarista es una sociedad, más sexistas son las instituciones y valores) y vice-versa. O sea, ambas invenciones humanas, el sexismo y el sistema de guerra, no sólo están simbióticamente unidas sino que son manifestaciones gemelas que tienen en común el problema de la violencia social (Martínez Guzmán, 2001: 176). Hay una estrecha relación entre la invención social de la dominación masculina y la invención social de la guerra. Yo diría que las dos invenciones hacen parte de una misma manifestación, la violencia, que ocurre en escalas distintas, desde la interpersonal a la escala mundial. El patriarcado es, entonces, la “parte central de la estructura conceptual que determina virtualmente toda la acción humana, tanto pública como privada” (Reardon, 1985: 15).

La justificación ofrecida por Reardon es la herida psicológica que se basa en el miedo al otro y que produce en los hombres cuando empiezan a descubrirse diferentes de las mujeres y tienen la percepción de su vulnerabilidad masculina. O sea, la invención social de las diferencias de roles sexuales se produce como un ejercicio de dominación sobre lo femenino. Para enfrentar el miedo o la amenaza de la alteridad, del otro o de la otra, se construye una noción de seguridad basada en la dominación. Este sistema de seguridad está en el origen de la organización mundial en Estados-nación militarizados, creando la cultura de la guerra en la cuál vivimos.

El actual sistema patriarcal, de dominación, empuja las mujeres y sus experiencias locales para la subalternidad, invisibilizándolas. Nos encontramos entonces delante de una paradoja: la marginación política de las mujeres les ofrece frecuentemente mayores posibilidades y espacios de construcción de paz o de paces (Shelley Anderson *apud* Magallón Portolés, 2001: 26). Pero esta construcción y rescate de las paces ya existentes supone la crítica a los dualismos que están en la base del sistema patriarcal (sujeto/objeto, hombre/mujer, razón/emoción, guerra/paz, entre otros) en los cuales el primer elemento del binomio es considerado, por la cultura, superior al segundo. Estos pares dicotómicos se han naturalizado y influyen toda la acción y entendimientos humanos. Para eso es necesaria la superación de estereotipos que esencializan la relación entre mujeres y paz o entre hombres y violencia, una vez que los análisis que adoptan este enfoque no constituyen ningún desafío para las relaciones de poder tradicionales, para la sociedad patriarcal, y contribuyen para el refuerzo de la subalternidad de las mujeres. Este binomio, que supone el pacifismo natural inherente a las mujeres, ha sido utilizado por el sistema patriarcal como forma de legitimar la sujeción de las mujeres al poder masculino.

La propuesta de Reardon es la del *feminismo como nuevo humanismo*, o sea, “un componente de un humanismo más amplio concebido como opuesto a la opresión. Es un sistema de creencias que se opone a todas las formas y manifestaciones del sexismo,

busca abolirlas, y asume que su abolición requiere la integración total y equitativa de las mujeres en todas las esferas de la actividad humana. Colateralmente, incluye la creencia de que tal integración es también necesaria para abolir el sistema de la guerra".¹

Este nuevo humanismo supone recuperar características atribuidas a las mujeres en la actual sociedad patriarcalista, que se manifiestan en la esfera considerada privada. O sea, rescatar características o capacidades como la preocupación o el cuidado de unos seres humanos por otros, cuestionando la autoridad.

La propuesta de Vicent Martínez Guzmán (2001), según la filosofía discursiva en el marco de la cual analiza esta cuestión, es la de partir de la descripción fenomenológica (mostrando lo mal que está todo), depurarla con momentos deconstructivos que sacan a la luz subtextos dejados al margen (y donde aparecen las posibilidades humanas para bien y para mal) y hacer la reconstrucción del horizonte normativo de lo que podríamos y deberíamos hacer en debate público, ampliando la noción de esfera pública (2001: 174). O sea, en la misma línea defendida por Boaventura de Sousa Santos,² de creación de un espacio público subalterno, o creación de espacios públicos que incluyan varias dimensiones consideradas marginadas o subalternas y que sirven de soporte a las diversas luchas y formas de participación, y donde se desarrollarían formas autónomas de poder e influencia.

Las prácticas de construcción de la paz llevadas a cabo por grupos mujeres durante y después de los conflictos violentos, a menudo en el sector no gubernamental e informal, constituyen prácticas alternativas, espacios de paz que deberán ser potenciados (y no ignorados en las negociaciones, firmas o consolidación formal de la paz). Pero para que las voces y experiencias locales empiecen a tener voz, para que dejen de ser subalternas y silenciadas, es necesaria la deconstrucción de los sistemas de dominación. Y esta deconstrucción significa también cuestionar y analizar críticamente nuestros esfuerzos cuando intentamos dar visibilidad y voz a las 'mujeres locales'. Las teorías feministas post-modernas y post-coloniales del desarrollo y de la paz se oponen a nociones universalistas y esencialistas de una 'mujer del tercer mundo' que necesita de la ayuda o de ser salva por expertos del primer mundo. Es cierto que hay que escuchar lo que esta silenciado, una vez que los grupos marginados son a menudo protagonistas de prácticas que critican y rechazan la dominación y la violencia. Pero hay que reconocer los límites de esta abordaje. Según Cynthia Wood (2001: 433), el resultado de escucharnos las voces anteriormente silenciadas puede transformar la abordaje 'mujeres locales' en cuanto víctimas en una abordaje que vea estas mujeres como heroínas.

El discurso subalterno es altamente problemático (Spivak, 1999). Cuando intentamos dar voz a estas mujeres podemos decidir con quién hablamos, y cuales de las voces silenciadas son importantes escuchar.

¹ Reardon, 1985, pp. 25 e ss. *apud* Martínez Guzmán, 2001, p. 177.

² Comunicación presentada en el colóquio "O Conhecimento da Democracia: Ciências Sociais no Portugal Democrático". Instituto de Historia Contemporânea, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas de la Universidade Nova de Lisboa, 8-10 mayo de 2003.

En la opinión de Spivak, “encontrar el subalterno no es difícil, lo que es difícil es entrar en una estructura de responsabilidad con el subalterno, con respuestas en ambos los sentidos: aprender a aprender sin la sensación de hacer el bien con el supuesto implícito de la supremacía cultural que es legitimada por una romantización”.³

O sea, el discurso de la capacitación o del empoderamiento supone dar voz a las experiencias locales de grupos hasta ahora subalternizados, pero teniendo implícito el compromiso de desafío de las estructuras jerárquicas dominantes. Y eso se hace reconociendo los distintos roles asumidos por hombres y mujeres durante y después de los conflictos, teniendo en cuenta sus verdaderas necesidades y valorando espacios y agendas de paces que son importantes para todas las sociedades. Significa, en síntesis, ir más allá de la retórica.

3 Desafíos a los Estereotipos: Prácticas

El final de la Guerra Fría, la emergencia de conflictos más complejos y con nuevas características – que ocurren dentro y no entre Estados y que tienen como blanco y principales víctimas la población civil – y la evolución de la investigación sobre y para la paz han conducido a la elaboración, por parte de las Naciones Unidas, de una respuesta o estrategia de intervención apellidada de multidimensional y multifuncional de resolución de estos conflictos y de reconstrucción o rehabilitación de las sociedades afectadas. A este modelo Clapham llamó de mecanismo *standardizado* o padronizado de resolución de conflictos y de consolidación de la paz (*standard operating procedure*) (*apud* Ramsbotham, 2000: 170). Este nuevo modelo, que ha caracterizado la actuación de las Naciones Unidas en distintos países a lo largo de la década de los 90, fue aplicado por la primera vez en 1989, en Namibia (con la UNTAG), y sintetizado en 1992 por lo entonces Secretario General de las Naciones Unidas Boutros Boutros-Ghali, en un informe intitolado *Una Agenda para la Paz*. Una de las cuatro estrategias de acción que está en la base de este documento es la de (re)construir la paz en el periodo que sigue a los conflictos armados. Utilizando los conceptos desarrollados anteriormente por Johan Galtung esta estrategia incluye una función negativa de prevención del regreso a la violencia (paz negativa, de corto plazo) y una función positiva, de ayuda a la recuperación nacional, de combate a las causas que estuvieron en la raíz del conflicto violento y de creación de condiciones que conduzcan a la reconciliación, reconstrucción y recuperación (paz positiva, de largo plazo) (*ibid.*: 171-172).

Sin embargo, la fase positiva de reconstrucción post-bélica no es una fase pacífica. El *United Nations Research Institute for Social Development* (UNRISD) utiliza

³ 1996. p. 293 *apud* Wood, 2001. p. 442.

el término *war-torn societies*, o sociedades rotas por conflictos violentos, para subrayar que “el desafío de reconstruir sociedades después de una guerra es muchísimo más complejo y difícil que la tarea de poner un final a los confrontos” (UNRISD-PSIS, 1995). Y por eso mismo esta propuesta es multidimensional, o sea, intenta dar respuesta a varias dimensiones de la sociedad que se consideran que son a menudo afectadas por los conflictos: la dimensión de seguridad/militar, político/constitucional, la debilitación económico-social y el trauma psicosocial (Ramsbotham, 2000: 174).

Los procesos que se siguen a la firma de los acuerdos de paz no significan, para la mayoría de las mujeres que viven en sociedades rotas por los conflictos, un tiempo de paz. O bien porque regresan a lo que se considera ‘la normalidad’, o sea, a lo que existía antes del conflicto, cerrando los ojos a todo lo que vivieron durante el conflicto, o bien porque son excluidas de todas las dimensiones ‘oficiales’ y ‘formales’, de lo espacio público, donde la paz post-bélica es reconstruida.

Los roles y las demandas de las mujeres durante y después de los conflictos violentos no se identifican con la definición de construcción de la paz defendida por Boutros-Ghali en 1992, que subraya casi exclusivamente la reconstrucción post-conflicto de las instituciones estatales e infraestructuras físicas. O sea, el modelo *standard* o padronizado de consolidación de la paz de la ONU sigue marginando en grande medida a las mujeres, sea en el reconocimiento de las especificidades de la violencia sufrida por ellas durante los conflictos, sea en la identificación y tentativa de dar una respuesta a sus necesidades en las distintas dimensiones. Por otro lado, sigue sin reconocer las estrategias de consolidación de la paz construidas por las mujeres. Por eso casi todos los documentos y textos que analizan la relación entre mujeres y conflictos armados afirman que, aunque tengan un rol importante en la construcción de la paz, las acciones de las mujeres se quedan frecuentemente en segundo plano, y sus iniciativas hacen parte de un conjunto de iniciativas ‘invisibles’.

Varias autoras y investigadoras (Meintjes, Pillay, Turshen, Bop, Manchanda, Becker, 2001, entre otras) defienden la necesidad de un nuevo entendimiento teórico sobre las experiencias de las mujeres en sociedades rotas por conflictos. Su argumento es el de que muchos de los programas de reconstrucción se basan en una de dos abordajes: derechos humanos o necesidades humanas. El enfoque de la satisfacción de necesidades en la rehabilitación socio-económica del post-guerra prioriza las necesidades sociales y materiales, colocando el énfasis en la asistencia humanitaria. El enfoque basado en los derechos aplicada a la reconstrucción política da prioridad a la reorganización política - a los derechos humanos, a la justicia y a la igualdad, a las elecciones, al pluralismo y a la participación - definiendo a menudo derechos humanos en el sentido estrecho y limitado de libertades civiles y políticas y olvidando los derechos económicos y sociales. En la transición de la guerra para la paz, o de la dictadura militar para la democracia, la retórica de la igualdad y de los derechos suele ser utilizada como capa o máscara de la reconstrucción del poder patriarcal, a pesar del énfasis reciente sobre los derechos humanos de las mujeres.

Por eso mismo una de las distinciones a que se recurre en los abordajes de los procesos de rehabilitación post-conflicto es la distinción entre el camino formal y el informal, que conducen a la paz. Esta imposición de fronteras subraya y perpetua los dualismos o binomios que sustentan la estructura jerárquica en que se basa la sociedad patriarcal – el primer elemento del binomio domina el segundo elemento, invisibilizando, silenciando, discriminando y marginando todas las acciones que ocurran en la llamada esfera privada o informal.

Las iniciativas de base, consideradas informales, y que tienen como protagonistas grupos de mujeres que intentan transformar los conflictos de forma positiva y creativa existen, a la semejanza de los acuerdos formales de paz (elevados a la esfera formal). Las acciones de las mujeres son a menudo acciones que intentan dar una respuesta a las necesidades inmediatas del cotidiano, pero que tienen potencial de transformación social. El formal y lo público son altamente androcéntricos, se caracterizan por la ausencia de las mujeres que, en resultado de su socialización, siguen desarrollando sus acciones en el espacio informal. Por eso las interpretaciones de los conflictos se centran, en particular, en el contexto macro-social, olvidando las acciones políticas de las bases y marginando las capacidades y esfuerzos hacia la paz.

El camino formal para la paz o la reconstrucción formal de la sociedad, que incluye las negociaciones formales, la identificación de las prioridades para la actividad política del post-conflicto y define las relaciones básicas del poder, es caracterizado por una sub-representación de las voces y necesidades de las mujeres, sea en las autoridades internacionales involucradas, en los equipos de negociación que representan las partes en confrontación, o en las instituciones invitadas para la mesa de negociaciones. Por eso las dimensiones del modelo *standard* de consolidación de la paz de la ONU tienen lugares y estatutos distintos, resultado de la importancia que les son atribuidas. La dimensión militar y de seguridad, la dimensión político-constitucional y incluso la dimensión económica tienen un mayor apoyo y intervención, a un nivel formal, que la dimensión social y psicosocial, asociada a la esfera privada, al dominio del subjetivo. Aunque la reconstrucción o la rehabilitación post-conflicto tenga como objetivo último la reconciliación de las sociedades.

Pero el periodo del conflicto es también un periodo de posibilidades. Durante los conflictos armados ocurre un esbatimiento de los dualismos que sustentan la sociedad patriarcal, en particular entre la esfera privada y pública. Los roles de las mujeres considerados tradicionales se transforman. Los nuevos roles y experiencias, a los cuales Clara Murguialday y Norma Vázquez (2001: 36) llaman de 'experiencias paréntesis', moldean las expectativas de las mujeres para el periodo post-conflicto. Y las mujeres que viven o experimentan una guerra o conflicto armado no pueden caer en un mismo grupo. Sus experiencias son distintas y sus conexiones con el conflicto también cambian. Son justamente estas experiencias y estas conexiones que determinan sus posiciones en el periodo post-bélico (Bop, 2001). Algunas mujeres son combatientes, han utilizado armas o pertenecen al ejército. Sus experiencias en el post-guerra están conectadas con su entrenamiento para la guerra, las

condiciones de desmovilización, la disponibilidad de servicios. Otras mujeres crean o ingresan en organizaciones y asumen nuevos roles en cuanto agentes de movilización (para la guerra o para la paz) en sus comunidades.

La mayoría de las mujeres, sin embargo, no recurren a las armas, y quizás “no se identifican con los objetivos de la guerra o se sienten alejadas de los mecanismos de la guerra, con su aparente irracionalidad y sus consecuencias destructivas” (Sorenson, 1998: 11). Estas mujeres no hacen parte, una vez más, de una categoría indiferenciada. Como subrayan Meintjes, Pillay y Turshen (2001), las mujeres con más recursos pueden lograr huir cuándo su seguridad esta amenazada, y regresar después de los conflictos. Pero la mayoría de las mujeres son demasiado pobres para emigrar, y cuándo se quedan solas asumen los roles anteriormente atribuidos a los hombres. En algunos casos los hombres vuelven después de la guerra, en otros casos las mujeres se quedan viudas. Otras mujeres se quedan en casa, deseando un final temprano de la violencia. Las experiencias vividas por mujeres en áreas urbanas es distinta de la sentida por mujeres en zonas rurales. Las mujeres que optan por huir muchas veces se convierten en refugiadas o desplazadas internas, pasando por experiencias a menudo degradantes en los campos de refugiados. Se podrían dar muchísimos más ejemplos de la enorme diversidad de experiencias y de necesidades vividas por las mujeres durante y después de los conflictos violentos. Pero lo más importante es verificar cuán limitadas son las respuestas de las agencias internacionales al homogeneizar y marginar las y los supervivientes.

Las mujeres ocupan espacios y roles distintos en periodos de conflicto, pero la sociedad no les permite vivir de modo distinto en tiempos de paz o de reconstrucción. Las iniciativas o actividades desarrolladas por algunos grupos de mujeres durante las guerras son consideradas ocasionales y marginadas cuándo termina el confronto, o sea, cuándo la política se vuelve más estructurada y más jerarquizada (Meintjes, Pillay y Turshen, 2001). El padrón común (o el modelo padronizado) de las post-guerras en todo el mundo sigue siendo la re-creación de la dominación masculina con nuevas formas, la recuperación y el retorno a los estereotipos que legitiman el patriarcado, y por eso sigue ignorando las necesidades, agendas o posibilidades de transformación ofrecidas por las mujeres durante y después de los conflictos armados. Y cuando esas prioridades o agendas se quedan a la margen nuestro entendimiento sobre el proceso resulta distorsionado e se queda más pobre. Además, no será el periodo post-conflicto demasiado tarde para que las mujeres puedan cambiar o transformar las relaciones patriarcales de poder?

Ningún de estos dos abordajes reconoce la verdadera necesidad de transformación social sentida por las mujeres. Al revés, son una *reconstrucción del pasado*. Muchas mujeres desean utilizar las oportunidades que surgen en periodos de conflicto para remover permanentemente las restricciones de género tradicionales (Becker, 2001).

Referencias Bibliográficas

- ACNUR. *The state of world's refugees: the challenge of protection*. Harmondsworth: Penguin, 1993.
- BECKER, Heike. "We want women to be given an equal chance: post-independence rural politics in Northern Namibia", en S. Meintjes et al. (orgs.), 2001, pp. 225-242.
- BOP, Codou. "Women in conflicts, their gains and their losses", en S. Meintjes et al. (orgs.), 2001, pp. 19-34.
- BOUTROS-GHALI, Boutros. *An agenda for peace*. Nueva York: United Nations Publications, 1992.
- BROCK-UTNE, Birgit. *Feminist perspectives on peace and peace education*. Nueva York: Pergamon Press, 1989.
- EADE, Deborah. "Mujeres y conflictos armados", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, 73, 2001, pp. 15-21.
- ENLOE, Cynthia. *The morning after: sexual politics at the end of the cold war*. Berkeley, CA: University of California Press, 1993.
- GILLIGAN, Carol. *In a different voice: psychological theory and women's development*. Cambridge: Harvard University Press, 1982.
- HUMAN RIGHTS WATCH/Africa. *Shattered lives: sexual violence during the rwandan genocide and its aftermath*. Nueva York: Human Rights Watch, 1996.
- JACOBS, Susan et al. *States of conflict: gender, violence and resistance*. Londres/ Nueva York: Zed Books, 2000.
- KELLY, L.. "Wars against women: sexual violence, sexual politics and the militarised state". en Susie Jacobs et al., 2000.
- LENTIN, R. (org.). *Gender and catastrophe*. Londres/Nueva York: Zed Books, 1997.
- MAGALLÓN PORTOLLÉS, Carmen. "El pensamiento maternal. Una epistemología feminista para una cultura de paz", en F. Muñoz (org.), 2001, pp. 123-142.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, C.. "Las mujeres en las guerras, las mujeres por la paz", en M. Elósegui et al. (orgs.), 2002.
- MARTÍNEZ GUZMÁN, Vicent. *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona: Icaria Editorial, 2001.
- MAZURANA, Dyan y MCKAY, Susan. *Women and peacebuilding*. Québec: International Centre for Human Rights and Democratic Development, 1999.
- MEINTJES, Sheila et al. (orgs.). *The aftermath: women in post-conflict transformation*. Londres/Nueva York: Zed Books, 2001.
- MUÑOZ, Francisco (org.). *La paz imperfecta*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2001.
- MURGUIALDAY, Clara y VÁZQUEZ, Norma. "Género y reconstrucción posbélica", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, 73, 2001, pp. 33-39.
- NASH, Mary y TAVERA, Susanna (orgs.). *Las mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*. Barcelona: Icaria editorial, 2003.

- RAMSBOTHAM, Oliver. "Reflections on UN Post-Settlement Peacebuilding", en Woodhouse y Ramsbotham (orgs.). Londres: Frank Cass, 2000, p. 169-189.
- REARDON, B.. *Women and peace: feminist visions of global security*. Nueva York: State University of New York Press, 1993.
- REARDON, Betty. *Sexism and the war system*. Nueva York: Teachers College Press, 1985.
- RUDDICK, Sara. *Maternal thinking: towards a politics of peace*. Boston: Beacon Press, 1989, 1995.
- SALLA, M.. "Women & war, men & pacifism", en Inger Skjelsbaek y Dan Smith (orgs.), 2001, pp. 68-79.
- SKJELSBÆK, Inger y SMITH, Dan. *Gender, peace and conflict*. Londres/Thousand Oaks/Nueva Deli: Sage Publications, 2001.
- SÖRENSEN, Brigitte. *Women and post-conflict reconstruction: issues and sources*, WSP Occasional Paper, 3, junio. Geneve: UNRISD, 1998.
- SPIVAK, G.. *A critique of post-colonial reason: toward a history of the vanishing present*. Cambridge: Harvard University Press, 1999.
- TAYLOR, M.. *Gendering human security – from marginalisation to the integration of women in peace-building*, Fafo-report 352/ NUPI report 261, 2001.
- TICKNER, Anne. "Feminist perspectives on peace and world and world security in the post-cold war era", en Michael T. Klare (org.), *Peace and world security studies: a curriculum guide*. Boulder: Lynne Rienner, 1994.
- UNRISD-PSIS. *Rebuilding war-torn societies. An action research project on problems of international assistance in post-conflict situations*. Geneve: United Nations Research Institute for Social Development – Programme for Strategic and International Security Studies, 1995.
- YUVAL-DAVIS, N.. *Gender and nation*. Londres: Sage Publications, 1997.
- WOOD, C.. "Authorizing gender and development: 'Third World Women', native informants and speaking nearby", *Nepantla: views from the south*, 2(3), 2001, pp. 429-447.
- WOODHOUSE, Tom y RAMSBOTHAM, Oliver, (orgs.), *Peacekeeping and conflict*. Londres: Frank Cass, 2000.